

SUPLEMENTO FEMENINO

DE

EL BIEN PÚBLICO

Mahón 26 de Julio de 1934

Núm. 576

Carmelo, bajo el cielo de Palestina

Como cogidos de la mano nos lleva el viento nombre que estos días conmemora la Iglesia, predilecto entre los que honra el cristianísimo sexo femenino, la Tierra de Israel, sinónimo de Tierra santa o tierra de promisión, y allí, en avance hacia el mar, mecida y acariciada por las olas del Mediterráneo, se encuentra una montaña, repetida en la Escritura y en la historia por su carácter sagrado del pueblo de Israel hasta nosotros, y teatro de grandes y portentosos hechos; celebrada es también por literatos y poetas la frondosidad de su superficie fértil y cultivada, donde crecen variadas especies de plantas, como el cedro, el olivo, el nogal, el laurel, el copudo y milenaria encina, con un sinnúmero de plantas silvestres y aromáticas que embalsaman el ambiente y agrandan los sentidos, formando vivo contraste con la mayor parte del paisaje de Palestina, impregnado de suavidad y blancocóla...

En esta pequeña cordillera llamada San Elias se eleva el monte Carmelo cuyas grutas o cavernas fueron residencia un día de austeros ermitaños y santos anacoretas, verdaderos modelos de perfección religiosa, cuya actividad profética culmina en el reinado de Acab con Elías y Eliseo. Grandes y terribles perturbaciones hubo de acarrear a su pueblo aquel rey de Jezrael, con motivo de su apostasía, de haber desafiado a Dios verdadero por seguir el culto de los dioses falsos de su esposa Jezabel, la hija del rey de Sidón. Visibles y sobrenaturales demostraciones se produjeron ante el pueblo el gran Profeta haciendo caer de su carro, entre ellas la de una larga sequía de tres años de duración y con ella el hambre, la epidemia y la muerte; conocida por el pueblo su gran falta, clamaba al rey, el temeroso de una conmoción popular, a visitar al Profeta; éste anunció a Acab que muy pronto la lluvia bajaría a caer sobre aquel suelo abrasado por tan pertinaz sequía; su asombro y el de su pueblo no reconocía límites al observar que ni la más pequeña nube empañaba el diáfano azul del cielo, ni la más ligera brisa movía las copas de los árboles vecinos; más cuando el otro Moisés, ascendió el Promontorio del Carmelo, impetrando al Señor tan señalado favor para aquel pueblo contrito, preguntando hasta seis veces al discípulo Eliseo si veía señal alguna en el cielo y a la última contestara que la nubecilla blanca como el humo del mar se elevaba desde el mar hasta el cielo... «Avisa a Acab—dijo—que suba a su carroza y corran al monte Carmelo, porque va a llover abundantemente.» No dudó ni replicó el rey ante tal afirmación, después de tan importantes por mediación de Aquel que presumió que acertara. En efecto,

subió al coche y corrió a Jezrael, capital del reino; rápida era la carrera y veloces los caballos, pero antes de llegar, fuertes ráfagas de viento, torbellinos de polvo que se levantaban y envolvían la carroza, anunciaron al rey que el vaticinio del Profeta se cumplía. La nubecilla blanca había cubierto el cielo casi repentinamente, y antes de llegar a palacio percibió el peculiar olor a tierra mojada; gruesas gotas cayeron sobre el manto real al entrar el rey en palacio, seguidas de copiosa lluvia que ansiosa, bebió la tierra.

Santos Padres y Doctores han visto prefigurada a la Virgen sin mancha en la nubecilla blanca, y la Iglesia, aceptando la interpretación, le ha dado el título de Nuestra Señora del Carmen, considerando el Carmelo como una montaña especialmente dedicada a honrarla. Allí reuníanse para ello durante la vida de Jesucristo y allí van hoy en inmensas y fervorosas peregrinaciones. Allí nació y tuvo el nombre una de las Ordenes mendicantes que ha poblado tanto el cielo como ha alegrado la tierra: la Orden Carmelitana y la de Caballería del Monte Carmelo. Presenciando los Cruzados los portentos del Carmelo, extendieron por Europa tan venerable Instituto, estableciéndolo el rey francés en Marsella, adquiriendo culto intenso en todo el mundo con la devoción del Escapulario, preciada y piadosa insignia otorgada por la Virgen al gran San Simón Stock, de ilustre estirpe e inglesa nacionalidad, mereciendo este favor y el de ser Superior de la Orden después de treinta y siete años de austerísima y penitente vida. Apenas fué publicada esta santa devoción, hicieron su ingreso en ella los reyes, los grandes y el pueblo, con notoria utili-

dad de los fieles de todo el orbe. España, pueblo de las glorias de María, por que su culto forma una de las páginas más gloriosas de nuestra historia, no podía dejar de tener nutrida representación en el culto a la Virgen del Carmelo. Así tenemos nada menos que a la inclita reformadora de la Orden, Santa Teresa de Jesús, escritora insigne, doctora mística de corazón varonil y alma de ángel, la cual en el capítulo XXXV de su «Vida» dice: «Guardamos la regla de Nuestra Señora del Carmen... Plegue al Señor sea todo para gloria y alabanza suya y de la gloriosa Virgen María, cuyo hábito traemos». Siendo Priora del convento de la Encarnación de Avila—fundación suya—dedicó a la Virgen del Carmen la primera silla del coro, mereciendo tal delicadeza un descenso de la Virgen a ocuparla, agradeciéndole tal merced...

Bellísimo es el panorama que desde el monte Carmelo se domina, al pie de la gran iglesia levantada en honor de la Virgen del Carmen. Ante el paisaje tan bello de aquella tierra inmortal, intencionalmente se siente la pequeñez de lo humano y la belleza infinita de la Creación. ¡Qué cura de bondad, qué admirable sanatorio del alma es la tierra de Palestina, donde el paisaje recuerda la obra y vida del Dios Hombre!, incluso para los que «dicen» no creer. ¿Qué estación balnearia, qué clima, qué aguas pueden sentar mejor al organismo que estos baños espirituales en el pacífico Océano de la Patria de Jesús y de María...?

TEÓFILA FONTECHA

(De «Ella»).

La Moda en París

(Servicio del CONSORTIUM DE PRENSA)

París, Julio, 1934.

Toilettes de playa

El telón va a levantarse para dejar ver el fondo brillante de la temporada estival de París. Los viejos vestuarios de pasados veranos han sido retirados de escena y hoy duermen el sueño del olvido en los cajones del guardarropa.

En esta comedia femenina de la elegancia modista tienen este año papeles interesantes:

«El maillot», en primer lugar, ya que esta prenda sintética es como la base y el punto de partida de todos los vestidos con falda para adoptar el «maillot», prenda disminuida hasta el «sumun» y que tan bien les sienta a las deportistas y a todas las mujeres hermosas y bien formadas.

Este «maillot» superelegante suele ser de punto elástico; ajustado con una jareta se amolda admirablemente al cuerpo.

Las que quieren ir impecables—y esto nos gusta a todas—adoptarán tal «maillot»; pero de tono adecuado al color de la piel. Se compone de un sostén unido por delante al pantaloncito o separado, que también se lleva así.

Hay otros modelos para los no tan audaces que también hacen furor. Estos «maillots» son una especie de «jerseys» de lana dulce con hombreras elásticas que permiten todo movimiento y violencia en las posturas unidos a unos pantaloncitos de igual clase y estructura.

También se ha llegado este verano a la conclusión de que el «maillot» está hecho exclusivamente para el baño—de agua o de sol—y que antes y después de él, resulta agradable el cubrirnos. Para ello tenemos a nuestra disposición varios ropajes tenues:

El vestido de playa, por ejemplo, que reúne las cualidades de ponerse con rapidez y adaptarse perfectamente al «maillot». Estos vestidos seguirán en el busto la forma de aquél, si es muy escotado o no, para que al moverse ambas prendas hagan un movimiento a compás. Cúidese mucho de que no se vean los tirantes del «maillot» por debajo del vestido, ya que esto haría muy feo.

El shorts y el pijama, también son muy adecuados. El primero, en verdad, va ganándole terreno al pijama, debido, principalmente, a la eterna cuestión tan femenina: que hay muchas mujeres de piernas perfectas que pueden exhibirlas complacidas e impunemente. El uno y el otro se confeccionan este año en tela de lino y en franela; ambos tienen un corte acentuadamente masculino y pueden ir acompañados de una chaquetilla en forma «smoking» de piqué blanco con rayas blancas, rojas y azules.

También hay diferentes modelos más; pero todos de menor actualidad y elegancia.

La capa y el abrigo de baño, son prendas interesantes para cubrir el «maillot» antes y después del baño. La capa, como el «shorts» sobre el pijama, va ganándole terreno a los abrigos p layeros, y demás prendas cubre todo en forma de albornoz; pero debe ser muy larga y de tono diferente al traje de baño o al «shorts» que acompañe.

Puede ser de punto o de tela, con graciosos tirantes que se sujetan o anudan al talle, mientras que la capa se abrocha en el cuello bajo el cruce de los tirantes.

El abrigo albornoz también es de tela, corte deportivo con grandes bolsillos, un cinturón alegre y grandes solapas.

A. D'ENERY

T. B. O.

SEMANARIO INFANTIL

Ocho páginas de amena lectura con profusión de grabados.

Historietas — Cuentos — Chascarrillos.

Precio: 0'10 pesetas.

Vendese en Mahón en la Librería de Manuel Sintés Rotger, Plaza de Pablo Iglesias, 17.

LECCIONES DE COSAS PARA QUITAR LAS MANCHAS DE TINTA

Es una lástima que penséis en un momento en deshaceros de una pieza útil por la injuria o el estrago de la tinta que habéis tratado, inútilmente, de hacer desaparecer con todas las fórmulas conocidas. No os preocupéis, el remedio está en vuestra mano sin heriros el bolsillo.

Se toma un poco de sebo derretido y se cubre con él la mancha que afecta al lienzo. Es preciso que el sebo sea purísimo y no contenga partículas que pudieran perjudicar el resultado del trabajo.

En el momento que el sebo ha caído sobre la mancha, aquél la absorberá e inmediatamente le dáis un buen lavado con agua templada, durante varias veces; mancha y sebo desaparecerán totalmente.

Luego el lienzo se somete a un breve aclarado con agua fría, y a secarlo al sol.

Resultado: prenda útil, mancha fuera y una preocupación menos en vuestra imaginación.

DE COCINA

VACA AL FOIE GRAS

Se cuece bien un trozo de vaca y después de fría se corta en tajadas, separándolas del jugo obtenido. Entre cada tajada se coloca otra de foie-gras fresco, previamente cocido con vino de Jerez. Sobre todo ello se extiende la salsa obtenida al cocer el trozo de vaca que debe ser lo más espesa posible.

TOCINO A LAS TRUFAS

Trúfese con trufas crudas un gran filete de tocino, de carne fina y no muy desgrasada. Cuando el filete se halla así marmolado de manchas oscuras, se enrolla, se ata y asa. Déjese luego enfriar en la grasa y sírvase, al día siguiente con ensalada del tiempo.

TERNERA A LA CANGREJERA

Este fino y delicado plato se prepara en tres tiempos:

Háganse cocer primeramente, en corto hervor, los cangrejos, de los que se reservarán las

colas y cuyos tórax triturados permitirán hacer una sabrosa mantequilla de cangrejos. Cuézanse, además, en agua salada, un manójo de puntas tiernas de espárragos. Prepárese después un ragout de ternera al modo de costumbre, bien sazonado de limón, perejil y bien mezclado con zanahorias, apio y puerros. Al jugo de este ragout añádate, al momento de hervir, las colas de los cangrejos y las puntas de los espárragos, juntamente calentados. Dispóngase la carne, cubierta de mantequilla de cangrejos, adornada con las colas y las puntas de los espárragos.

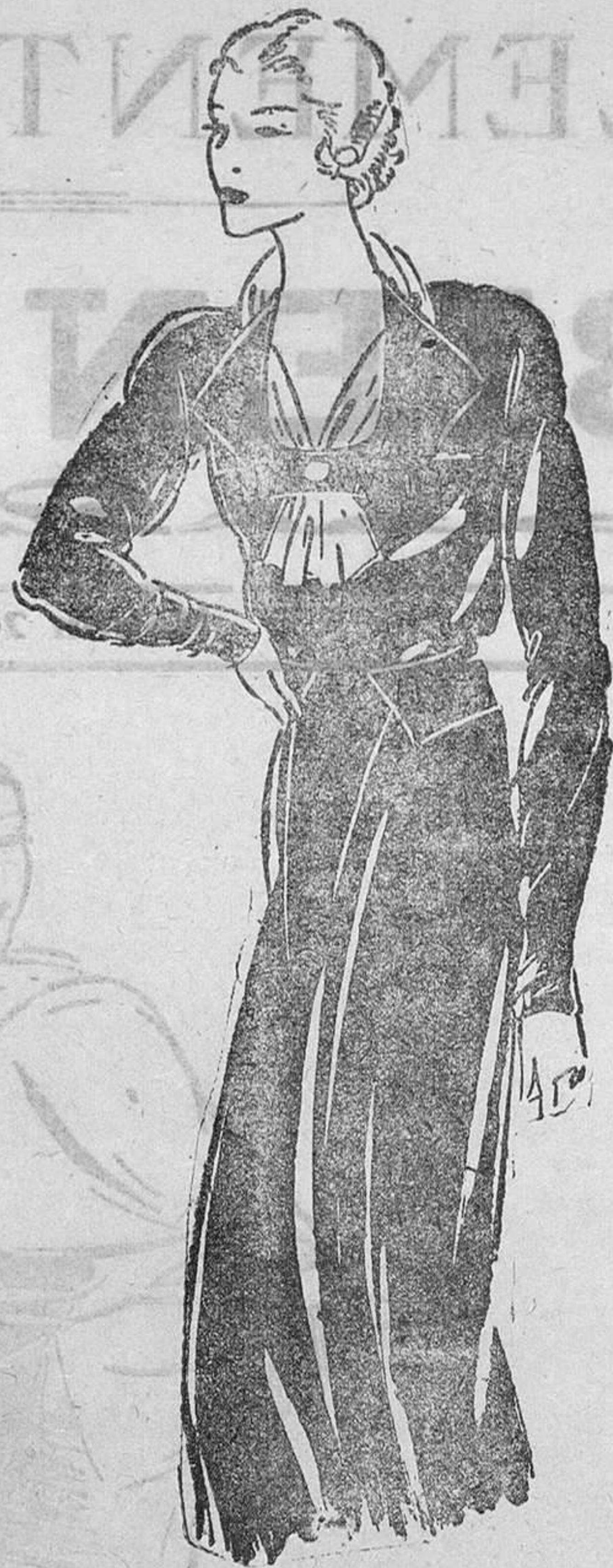
Así queda en disposición de servirse.

SOPA FINA

Con un poco de caldo del cocido, harina, leche y una yema de huevo se hace una masa espesa y fina. Se baten dos claras a punto de nieve, se mezcla todo bien, se va friendo en aceite muy caliente, se le echa luego en el caldo hirviendo y se sirve.

HUEVOS FRITOS AL BACÓN

Saltear con manteca tantas rajadas de bacón (tocino inglés) como haya huevos fritos. Freír éstos como de ordinario; uno por uno y retirarlos con la espumadera. Servirlos formando corona y alternando con las rajadas de tocino y colocar en el centro un ramito de perejil.



Vestidito de lanita rosa, adornado con una corbata de satén roja



Traje sastre de lanita marino, sobre una blusa de seda a cuadrillos azules



Blusa de jersey de lana de angora y echarpe de dos tonos de marrón

—La Vida, esencia de nuestra razón, es perpetua claudicación; Claudicación que es en sus arcanos sombríos el Dolor, la Coda el Tedio y la Maldad.

—La envidia de los necios es un hombre disfrazado; debe agradecerse, aunque se desmuestre triunfado.

—Una opinión no solicitada, por más que sea y leal que sea, ofende y desagrada siempre.

—La paz universal dejaría de ser una utopía si la Humanidad renunciara al Orgullo y a la Ambición.

—El amor es un infierno con todas las penas de la gloria y una gloria con todas las penas del infierno.

Tal como viene ENSAYOS

La Infantina del Siglo XX

No sé qué tendrá la nena que su corazón no llora; más no siente como antaño ni sonríe ya su boca.

Algo le pasa. Lo dicen su extraña melancolía, y sus velados recuerdos y su tristeza infinita. Ya sus cantos han cesado, y sus dulces armonías han quedado en el misterio de su honda y secreta herida, y por sus labios no danza el juguete de su risa.

No sé qué tendrá la nena que su corazón no llora; más su voz es un suspiro que en cada palabra brota.

FRANCISCO GRANDE

EN EL TOCADOR

CONTRA LA INFLAMACIÓN DE LAS ENCÍAS

Debe emplearse en gargarismos la siguiente: 4 gramos de nuez de agallas, 4 de corteza de granada, otros tantos de rubra, 125 de vino tinto y 60 de miel rosada.

Hiérvese el vino y viértase sobre los azúcares; a la media hora de infusión se agregará la miel.

Los gargarismos con esta mezcla deben hacerse tres o cuatro veces al día.

CONTRA LA PALIDEZ

Hágase un preparado con 15 gramos de tinctura de pelitre, 4 de tinctura de guayaco, 4 de tinctura de mirra y otros 4 de tinctura de polio, y úsese en embrocaciones por la mañana y por la tarde.

Imp. de M. Sintet Rotiger.-P. Pablo Iglesias, 17.

Por la orillita del mar...

Por la orillita del mar el corazón a su pena consuelo le fué a buscar. Por la orillita del mar...

Sentía un oculto anhelo de hundirse en la inmensidad de las aguas y del cielo. Era un afán impreciso de olvidarse y de soñar; de sumergirse en la hondura sin límite, para nunca regresar. Era el deseo imposible de escapar a la quimera de un fatídico mirar...

Pero su pena era azul como el cielo y como el mar.

ANDRÉS CASASNOVAS

PENSAMIENTOS

La alegría es la exaltación de la tristeza.

—A una persona muy amada se le puede sacrificar hasta la vida, pero nunca la dignidad.

—El hombre es voluble por naturaleza, la inconstancia es su compañera desde la cuna al sepulcro.

FOLETÍN DE «EL BIEN PÚBLICO»

EL HADA ALEGRÍA

—POR—

RAFAEL PÉREZ Y PÉREZ

(81)

trecho contacto de aquel cuerpo adorable, poseído del peligro que corrían ambos y de la necesidad de salir sin riesgo alguno.

Manuel Ardieta dejó caer los brazos con dolor. Después, por una súbita reacción, clavó en Fernando Cortezo los ojos centelleantes de cólera, la cólera ciega del león que ve cómo le arrebatan la hembra; pero, vibrante, la voz del Conde le sacó de su paroxismo, advirtiéndole la proximidad de la amenaza de aquella marea que no previeron.

—¡De prisa doctor! Camine usted detrás de mí.

Con una fuerza que apenas podría sospecharse de su constitución elegante y fina, levantaba el cuerpo de Gloria como si llevara una pluma. Esta

se aferraba aterrada a su cuello en un fuerte aprieto de abrazo fraternal. Firme, sereno, ecuaníme, subió el sendero de piedras que se vislumbraban bajo las aguas claras y, sin titubear un punto, con un dominio perfecto de sí mismo, saltó a los cinco minutos a la arena, donde depositó a su compañera de paseo.

De un salto Manuel Ardieta se plantó ante él amenazador, en irreflexivo impulso violento, como pelele de tragedia. Gloria, alarmada, se arrojó otra vez al Conde de Fenollar como en demanda de un nuevo auxilio, y él, con ademán protector y tierno, enlazó el brazo tembloroso de la joven con el suyo que no alteraba ni la más leve agitación, clavando al mismo tiempo, en el novio despedido una fría mirada, cortante como el acero de un cuchillo.

Se contuvo el doctor. Durante un momento contempláronse ambos agresivos, con ademán hostil, como midiendo sus fuerzas para la lucha. Después Ardieta, con una súbita resolución, tendió su mano a Gloria y apretando fuertemente la de la joven, díjole con frase rígida:

—Hasta mañana, Gloria.

Alejóse bruscamente, sin despedirse de Pilar, sin mirar siquiera al Conde.

La señora de Róspide lo había visto todo. De un golpe acababa de hacerse cargo de la situación. Abrió la portezuela del auto temblando al pensar en lo que podría sucederle a su hijo con el remojón; y hostigada por tal idea, hizo subir frente a ellas en el interior, diciéndole al mecánico que esperaba ya con el volante en la mano la orden:

—¡Al castillo, y a escape!

XXI

La despedida del Conde

Asolas en la Cámara del Rey, inquieto, agitado, revolviéndose en el lecho de dosel antiquísimo, Fernando Cortezo trató de reconstituir los hechos desde el punto y hora en que Gloria Róspide llegó a Fenollar hasta el momento en que al alejarse de ella en el corredor para dirigirse ambos a sus cuartos respectivos a la vuelta del malhadado paseo, se habían estrecha-

do la mano en un rápido apretón hurtándose a la vigilancia de Pilar... Todos los acontecimientos ocurridos desfilaban claros y precisos ante su memoria, todos, menos el último, el más reciente, pensando en el cual llevaba sin pegar los ojos la mitad de la noche.

Era un hecho que Gloria, en el preciso momento del peligro, obedeciendo a un impulso espontáneo, sin sentir la menor vacilación, sin reparar en ello siquiera, se había arrojado en sus brazos buscando su apoyo, ¿Que no amaba a Ardieta? ¿Que acaso le amaba a él?

Pensando en ello sentía latirle el corazón desordenadamente con locas precipitaciones, y se estremecía cuando recordaba aquel instante en que el aliento entrecortado de ella le acariciaba el rostro, durante el cual había sido de él... ¡suyal, sólo suyal!

Un orgullo loco le cegaba al pensar que entre los dos, había escogido a él en el momento difícil. Luego no le consideraba ella como un ente inútil, como un ser sin valor y sin fuerzas.

Ya no le atormentaría el alma la idea de que Gloria sentía sólo por él un

afecto mezclado de piedad. ¡Oh! Ella le había enlucido hasta una pura grandiosa al arrojarse en sus brazos. Y él, ¡qué violencia había hecho de hacer para no venderse, conservar entera toda su sangre, todo el dominio de sí mismo!

Pero con la misma claridad que estas cosas, comprendía también el término de la situación había sido y que este término, si había escuchado la voz del honor, no podía ser otro que la huida.

Consideraba que Ardieta no volver a Fenollar con el ánimo sereno mientras le viese a él junto a Gloria. No marcharse era provocar una de situaciones difíciles, violentas, por respeto a sí mismo, por amor a señorita de Róspide, había que ir a toda costa.

La lucha entre lo que su deber le señalaba como un deber y su amor desesperado y loco que le representaba una por una todas las horas de su vida, fué cruel. Necesitaba un yo que le ratificara en su madre, fué a buscarlo en su madre.

—¿Qué crees que debo hacer, má?